

Episodio maniaco en un grupo de niños *

Hector Garbarino, Mercedes F. de Garbarino, Gloria M. de Pizzolanti y Vida M. de Prego
(Montevideo)

Descriptores: TECNICA PSICOANALITICA EN NIÑOS / GRUPO / PSICOANALISIS DE NIÑOS / GRUPO PSICOTERAPEUTICO / MATERIAL CLINICO.

Ilustraremos, con material clínico tomado de un grupo de latentes, un episodio maniaco surgido como consecuencia de un monto de ansiedad intolerable que el grupo no pudo asumir. A raíz de esto, se produjo la regresión psicótica.

LA FIESTA MANIACA: LA CONSUMACION DEL PARRICIDIO

Se expresó a través de una agresión sin control, acompañada de burla y desprecio por los terapeutas. Mezclaban arena y agua que desparramaban por el suelo, realizaban moldes que en seguida deshacían, y abrieron las canillas del agua de modo de inundar la sala. La actitud general fue la de “sálvese quien pueda”. Ponían sillas unas encima de otras para treparse y escapar a la inundación. Tiraban el pizarrón al suelo y saltaban sobre él salpicando de agua a los terapeutas.

Mientras expresaban de este modo la agresión, simultáneamente se burlaban de los terapeutas. Elsa mira para la calle a través de la ventana, subiéndose a una silla, y comenta:

“Aquella camioneta es de la señorita y aquella cachilita es de él” (refiriéndose al terapeuta) y en seguida: “¿Usted es la doctora?, ¿y usted quién es?” (dirigiéndose al terapeuta).

Se ve en este material el intento de control maniaco de la situación, a través de la proyección —mirar para afuera—, el menosprecio del objeto —el terapeuta-cachila— y aun la negación del mismo: “¿Usted quién es?”. El objeto que ha sido atacado con la orina y las heces —la inundación y el barro—, es desvalorizado y proyectado, y objeto de burla. El ataque se realiza también con otras armas; así, Julio César dice a Elsa, que está golpeando el vidrio de la ventana: “rompelo si te parece, o dejate crecer las uñas bien afiladas y cortalo”.

En medio de este ambiente de farra y agresión, hubo, sin embargo, algunos intentos de salvar la parte sana del grupo y también al terapeuta. Así, Elsa le dijo: “Súbbase a la mesa y póngase a salvo”, y al final de la sesión comentaron cómo el vidrio estaba dividido en dos partes bien diferentes, una transparente y otra opaca, alusión a las dos partes del grupo, la parte sana y la parte loca.

* Leído el 26 de julio de 1966 en el VI Congreso Psicoanalítico Latino Americano, Montevideo

En la sesión que vamos a transcribir ahora y que sigue inmediatamente a la anterior, la manía grupal alcanza su expresión mas completa y definida.

Desde su iniciación se realiza a ritmo vertiginoso, en una sucesión casi continua de corridas, zapateados sobre la mesa, saltos de la mesa al suelo, gritos y risas, con un carácter francamente alucinante.

Ya al comienzo, el terapeuta interpreta el sentido maniaco de esta actuación, señalando que están tratando, con el baile y las risas, de dominar las angustias que pasaron durante las últimas sesiones.

R. contesta: "No, porque me picó un pescado y me pusieron dentro del cuadro de honor, adentro del pescado está el cuadro de honor del colegio, y a fin de año, si estoy en el cuadro de honor, me llevo una medalla".

R. expresa de este modo el contenido de la angustia que quieren evitar con la reacción maniaca: la de ser devorados por el pescado-pene paterno y, simultáneamente, la negación de esta angustia: "Si soy devorado estaré en el cuadro de honor y me llevaré una medalla".

A continuación, y como respuesta a la interpretación del terapeuta de que están evitando ser mordidos por el pescado-pene, Juan le da un puntapié al pizarrón, lo tira al suelo y saltan sobre él. Luego R. se quita su corbata y se la tira a Juan, realizando un juego en que se tiran la corbata uno al otro, como si fuera una pelota.

El terapeuta interpreta que, con los ataques al pizarrón y el juego de la corbata, están jugando y atacando al pene del terapeuta-padre como si no tuviesen ningún temor de ser mordidos y tragados por él, pero que al mismo tiempo la niña que permanece sentada y quieta, está expresando la parte más sana del grupo, como si éste estuviese dividido en dos partes, una loca y otra sana, como el vidrio de la ventana (alusión a la sesión anterior).

Juan exclama: "Película de terror, miedo de una calavera", al mismo tiempo que da vuelta la mesa y la voltea haciendo un gran ruido. Su compañero lo acompaña gritando: "¡¡Ay, ay, ay!!" y tamborilean sobre el muelle.

El terapeuta interpreta que esta es la danza ritual frente al pene-muerto-calavera.

R. canta: "El 13 de mayo la Virgen María bajó de los cielos en Coba de día". Se le interpreta que esperan la salvación de la Virgen María-madre-buena-doctora observadora.

Mientras Juan salta y grita con gran estrépito, R. pregunta:

"¿Quién me ayuda a llevar el sepulcro?". Se le interpreta que ya han matado al terapeuta y lo están enterrando. R. entonces dice: "El agua bendecida, el Padre" y Juan entona el lamento:

"Ay, ay, ay".

Aquí vemos el intento de negar la sexualidad y el incesto a través de una madre-Virgen y un padre asexuado.

R. se sube al mueble y se deja caer sobre él como si estuviese muerto, al tiempo que exclama: "El Rey de Roma".

Cuando el analista intenta interpretarles que si matan al padre-Rey ellos tampoco pueden ser reyes, lo interrumpen y no lo dejan hablar, gritando de continuo.

Construyen, por medio de sillas y mesas, un camino ascendente por el que suben repitiendo la escena del "rey muerto". Retiran un cajón que habían colocado en la cima y R. dice:

"Al sepulcro", y van descendiendo lentamente.

R. comenta, acostándose en el ataúd: "La cama del Rey". El terapeuta interpreta que si ellos matan al Rey, la sombra del crimen cae sobre ellos y se sienten a su vez

muestrados. Pero en seguida sobreviene la negación porque uno de ellos se sube al lugar donde antes tenían al padre muerto y grita imitando a Tarzán y manifestando: "Acá no sube nadie más que yo". El compañero sube también y ambos pelean por quedarse solos arriba.

En este material se observa cómo, una vez liquidado el padre, sobreviene la disputa entre los hermanos por ocupar su lugar.

Pero inmediatamente aparece la culpa y el deseo de castigo, a través de un juego que consiste en tirarse desde el mueble en forma muy peligrosa. A continuación, mientras R. se acuesta en el sepulcro con la cabeza colgando, dramatizando el pene-muerto, Juan pisa el pizarrón y emite gritos.

El terapeuta interpreta que Juan expresa el control maniaco de la situación, R. la desesperanza y el dolor, y M. la parte sana del grupo.

Entonces R. se incorpora, como saliendo del ataúd, y saluda:

"Buenos días".

El analista interpreta la negación, que es, como si el día de su muerte ya hubiese pasado.

R. pone el pizarrón como tapa del arenero y ambos saltan sobre él hasta romperlo.

Se les interpreta que están haciendo pedazos el cadáver-pene del padre como un intento de hacerlo desaparecer y negar el parricidio.

R. utiliza un pedazo del pizarrón diciendo que es un revólver y apunta con él a la observadora y luego se tira al suelo. En seguida se levanta y abandona la sala. Juan imita a su compañero, pero apuntando al terapeuta.

La utilización de los restos del pizarrón como revólver-pene para atacar a los terapeutas y el fracaso expresado al tirarse al suelo inmediatamente, nos parece significa la fantasía de un pene fantasma construido con los restos del padre.

R. vuelve al juego de acostarse sobre el mueble dejando la cabeza colgando e invita a su compañero a que lo haga, y comentan que este juego los mareaba. Se les interpreta "el mareo" como confusión e inestabilidad por la reintroyección del padre-pene destruido. Juan empieza a escupir desde la posición descrita. Se interpreta que al sentir que nos matan, nosotros nos volvemos malos dentro de ellos y nos tienen que escupir. Entonces Juan exclama: "¡Qué peso tengo en los brazos!". El analista interpreta que es el peso de los cadáveres dentro de ellos, que no han podido ser expulsados con las escupidas. Juan sigue comentando:

"¡Cómo sale la escupida para el costado!, no se cae, pesa muy poco. Cuanto más dure, mujer, mejor, peor".

Aquí vuelven a la negación maniaca afirmando que el cadáver introyectado no tiene peso y, por consiguiente, no tiene importancia. El juego maniaco de palabras es expresión de burla y sarcasmo.

La sesión termina con esta atmósfera claramente maniaca, lograda gracias a la negación y la reprojcción de lo destruido, con comentarios acerca de un edificio en construcción que ven a través de la ventana: "¡Mirá, están deshaciendo aquél edificio!, ¡cómo trabajan los enfermeros!". Abren la ventana, salen a un balcón silbando y gritando: "¡Qué lindos los doctores!, ¿la reja del balcón no está putrefacta?". Al irse, la llave del cajón aparece torcida. R. la parte y pide para llevársela. El analista interpreta que quieren llevarse los restos de su cabeza-pene como trofeo.

CONCLUSIONES

Las características generales del episodio maníaco fueron las siguientes:

1º) Los mecanismos utilizados preferentemente fueron la proyección del objeto destruido y la negación del mismo.

2º) Estas defensas estaban destinadas a combatir las ansiedades resultantes de sentirse devorados por el pene-paterno.

3º) Otras defensas consistieron en la desvalorización, burla y menosprecio del objeto.

4º) Destacamos que además de la proyección anal y uretal del objeto, existió también una proyección oral —el escupir— que adquirió un relieve importante.

5º) La reacción maníaca fue la dominante; no obstante, existieron momentos de reintroyección del objeto destruido en el Yo, de carácter melancólico —qué peso tengo en los brazos— o —la cabeza-pene colgante—.